Campamento de verano

Ignacio Chavez Berrios

Capítulo 1

PRIMERA PARTE

¿QUIÉN ES EL ZORRO?

1

Joshua se sentía feliz aquella tarde de comienzos de verano. Por primera vez iba a asistir y participar de un campamento con los Boy Scouts. Tenía catorce años y nunca se había ausentado por tantos días de su hogar sin la compañía de sus padres. Según había oído de boca de sus compañeros, ese año se irían a acampar en medio de unas montañas por las que pasaba un gran río, y se encontraba realmente ansioso de llegar.

Su mejor amigo; un muchacho de su misma edad llamado Gustavo, también asistía a los Boy Scouts desde hace años, y no paraba de hablarle de lo genial que habían sido los campamentos anteriores, contándole innumerables historias y anécdotas de todas las locuras y cosas divertidas que sucedían en aquellos campamentos.

-Lo mejor de todo es cagar al aire libre – le dijo Gustavo, causando la risa de Joshua –, solos en la naturaleza, con un rollo de papel higiénico y una pala para enterrar el pastel.

En ese momento, se encontraban en la fila para cargar en el bus las grandes mochilas que llevaban junto con sus sacos de dormir.

-Como es tu primer campamento – continuó diciendo Gustavo –, es muy importante que te ponga al tanto de ciertas cosas. Primero: el bus siempre nos deja en un lugar alejado de donde realmente vamos a acampar, eso es porque a los jefes les gusta que tengamos que caminar un largo rato cargando con el peso de nuestras mochilas. Dicen que todo buen scout siempre debería hacerlo.

-Entiendo – respondió Joshua.

-Segundo: es importante que sepas que toda la comida que hay es para todos y por igual. Nadie come más que otro. Si traes alguna galleta o cualquier tentempié que planeabas comerte en el viaje, o en la carpa, te aviso desde ya, que te harán convidar a todos. Sí, a todos.

Habían terminado de cargar sus mochilas en el bus. Se hicieron a un lado de la fila mientras el resto de sus compañeros seguían en la misma labor que ellos habían realizado recién. El jefe de las tropas gritaba a viva voz que se apresuraran, porque en menos de diez minutos pretendían comenzar a subir al bus a tomar asiento para luego partir. Gustavo le

seguía hablando con entusiasmo a Joshua, y este por su parte lo escuchaba con total atención.

-Tercero, y esto es importante: si algún jefe; cualquiera de ellos, te encomienda alguna tarea o labor; la que sea, por muy complicada o perezosa que te parezca, debes hacerla sin protestar y lo mejor posible. Recuerda que así podrás ganarte tus parches de grado.

Joshua asintió con la cabeza, demostrando que estaba siguiendo y haciendo registro mental de todas las cosas que Gustavo le comentaba. Si bien era cierto que su amigo tenía más experiencia en el tema de los campamentos, también era cierto que Joshua anhelaba fervientemente los parches de grado, y haría todo lo que estuviera a su alcance para conseguirlos. Fuera armar la carpa solo, cortar leña, prender las fogatas – cosa que se le daba de maravillas –, o cocinar. En realidad, haría lo que hiciera falta. Hasta hubiera cagado desde arriba de un árbol al igual que un pájaro si así se lo hubieran pedido. Ya le había comentado a Gustavo su ambición por conseguir los parches, y entendió por qué su amigo le decía eso.

-Cuarto – seguía diciendo Gustavo –, estás en mi tropa, y en ella, el jefe soy yo. Pero tranquilo, te enseñaré todo lo que tengas que saber – le dijo dándole unos golpecitos en el hombro –. Tu mantente a mi lado y todo irá bien.

El resto de sus compañeros ya casi habían acabado de cargar las mochilas, y el jefe de tropas los estaba llamando a todos para que ahora subieran al bus los grandes cajones de madera en los que llevaban toda clase de alimentos no perecibles y las herramientas que necesitarían los próximos siete días.

- ¡Vamos, vamos! Ya vamos a partir, y quiero llegar antes de que atardezca, ¡apresúrense!

El jefe – uno de ellos – era un joven llamado Jorge, de no más de veintitrés años. Alto y esbelto; de figura casi atlética, y con una barba que lo hacía parecer cuatro años mayor. Vestía unos jeans desgastados, además de la típica camisa gris que llevaban todos los scouts de su congregación; con la promesa alrededor de su cuello al igual que una corbata, y el típico silbato de los scouts colgándole en el pecho.

Jorge, al igual que los otros tres jefes – Mario, José y Arturo –, había sido alumno del colegio Saint Lorenz; donde ahora se realizaban las reuniones de scouts cada sábado por la mañana. Por lo tanto, tenía muy buena relación con todos aquellos muchachos.

Hizo sonar el silbato.

-En cinco minutos subiremos al bus – anunció Jorge con su voz de jefe. Todos los muchachos comenzaron a moverse más de prisa luego de oírlo.

-Hay un último detalle que se me olvidó comentarte – dijo Gustavo acercándose al oído de Joshua.

- ¿Qué cosa? – le preguntó con creciente sorpresa.

-Olvidé hablarte del Zorro.

2

Una vez arriba del bus, se acomodaron en dos de los asientos del final. Joshua viajaba en la ventana y Gustavo a su lado. Delante de ellos, iban los gemelos Francisco e Ignacio, ambos eran sus compañeros de clases. Al otro lado del pasillo, se hallaban Marcelo y Salvador, que iban un curso más abajo. Y frente a ellos, viajaban José Luis y Joseph, de un curso superior. Todos ellos, eran los integrantes de la tropa a la que Joshua pertenecía y que Gustavo lideraba.

El bus se puso en marcha e inmediatamente comenzaron los vítores y aplausos enérgicos de todos aquellos muchachos que, tal como Joshua, estaban ansiosos por el campamento y la aventura que tenían por delante. Joshua sacó un paquete de galletas, y tal como su amigo le había dicho, tuvo que repartirla entre todos sus compañeros de tropa. Las comieron y luego compartieron una bebida que tenía Joseph.

Durante un rato, Joshua viajó en silencio mirando por la ventana, tratando de imaginar cómo sería el lugar al que se dirigían. Estaba emocionado, y no había pensado ninguna vez en sus padres ni en su inminente separación desde que habían ido a dejarlo esa mañana al colegio. La idea de estar sin ellos una semana completa, lejos de casa y de los problemas que habitaban en ella, lo entusiasmaba aún más. Además, iba con su mejor amigo.

El bus avanzaba rápido, y para cuando abandonaron la ciudad ya eran las cuatro de la tarde. Según había dicho el jefe Jorge, el viaje duraba dos horas y media, por lo cual, aún les quedaba una hora más arriba del bus, y si Gustavo tenía razón, luego de eso vendría una larga caminata. Joshua se preguntaba cómo serían las montañas a la que se dirigían; si serían verdosas, llenas de árboles y bosques, o, si más bien, serían como esas montañas secas y pardas que se veían en su ciudad. Iba absorto en los paisajes que veía a través de la ventana, donde cada vez se veían menos vehículos por la carretera, y las villas y poblados parecían haber desaparecido. Solo se veían unas pocas casas, todas bien separadas unas

de las otras.

En ese momento algo lo inquietó.

Quizás se debió al desolado paisaje que apreciaba a través del cristal, o quizás se debía a algo que había escuchado y lo había preocupado durante unos instantes. Pero fuese lo que fuese, en ese momento no lo podía recordar. Solo tenía la sensación de que algo lo estaba inquietando, pero no sabía qué. De pronto, se encontró pensando en las cosas que le había dicho Gustavo. Trató de reproducir en su mente las palabras que su amigo le había dicho antes de subir al bus. Todas aquellas cosas que debía tener presente. Lo más importante era: siempre hacer lo que los jefes ordenaban. Eso si quería recibir sus parches, claro. Y Joshua sí que los quería.

Seguía pensando en lo que Gustavo le había dicho cuando descubrió aquello que lo inquietaba.

No era el paisaje desolado que veía a través de la ventana, ni la incertidumbre de no saber cómo era el lugar al que se dirigían. Lo que lo había inquietado, fue lo último que Gustavo le susurró antes de subir al bus. El zorro, le había dicho su amigo, sin darse el tiempo de explicarle a que se refería. En ese momento, Joshua despegó la vista del paisaje y se dio vuelta en su asiento para el lado de Gustavo. Este estaba hablando con los gemelos de las cosas que harían al llegar cuando Joshua los interrumpió

-Antes no me explicaste qué era eso del zorro.

Gustavo y los gemelos parecieron sorprendidos por las palabras de Joshua. Intercambiaron una mirada cómplice y luego se rieron con una sonrisa más cómplice aún. En los asientos del otro lado del pasillo, los otros cuatro integrantes de su tropa voltearon en dirección a ellos en cuanto escucharon lo que Joshua había dicho.

-Baja la voz – dijo uno de los gemelos casi en un susurro –, a los jefes no les gusta oír que hablamos de eso.

-Sí – ahora el otro gemelo era quien hablaba –, no hagas que nos metamos en problemas.

-Está bien. Lo siento – dijo Joshua en voz baja – ¿Tan grave es?

Otra vez las miradas y sonrisas cómplices.

-No sean malos con el nuevo – dijo Joseph al otro lado del pasillo, también riendo –, cuéntenle de una vez. Pero eh, Joshua. Trata de

mantener la boca cerrada.

-Lo haré. Lo prometo. El nuevo mantendrá la boca cerrada.

-Creo que te corresponde a ti contarle – esta vez fue Marcelo quien habló señalando a Gustavo con un ligero movimiento de cabeza –, después de todo, eres el jefe de esta tropa.

-Está bien, está bien. Te lo contaré. Pero esto se habla aquí y aquí queda.

Joshua asintió y los demás hicieron lo mismo. Justo cuando Gustavo se disponía a hablar, las risas estallaron al interior del bus.

Tres hileras más adelante de donde se encontraba sentado Joshua, uno de los chicos de otra tropa, llamado David; a quien reconoció por ser su compañero de clases, se encontraba de pie sobre su asiento con los pantalones abajo, enseñando las nalgas por la ventana a una furgoneta que iba pasando junto al bus. Las risas fueron tan estridentes, que uno de los jefes – el jefe Mario – se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. El jefe Mario hizo sonar su silbato en señal de atención y todos se callaron. Luego, ordenó a David que se subiera los pantalones y se sentara como correspondía. Advirtió que, si lo volvía a ver haciendo lo mismo a él, o a cualquier otro, todos pagarían el castigo. Luego de su breve llamado de atención, volvió a su asiento, no sin antes aconsejar a David de no apoyar la cara en el vidrio donde antes estuvo su trasero. Apenas se sentó, las risas se reanudaron. Gustavo también reanudó la conversación.

-El Zorro – comenzó a decir Gustavo, con tono de quien se dispone a contar una buena historia –, es alguien. Un personaje, que aparece en todos y cada uno de los campamentos scouts. Sabemos que es alguno de los jefes, pero nunca hemos descubierto cuál. Puede que, en ocasiones, hasta sea más de uno. No lo sabemos. Solo sabemos que es una leyenda de todos los campamentos

Joshua escuchaba con atención al igual que los demás compañeros de su tropa, quienes se habían acercado un poco más para oír aquella historia. En ese momento, el bus tomó una curva que lo hizo salir de la carretera y adentrarse en un viejo camino de tierra. Ahora avanzaba a menor velocidad, entre medio de dos grandes montañas. Gustavo iba abrir la boca para seguir su relato, cuando uno de los jefes se volvió a poner de pie, anunciando que en cinco minutos más llegarían hasta el lugar donde los dejaría el bus.

-Desde ahí tendremos caminar alrededor de tres cuartos de hora – seguía hablando el jefe –, así que quiero que estén listos y se organicen para ver quiénes cargaran las carpas, quiénes cargaran las cajas con los alimentos y herramientas, quiénes llevaran los tótems, y quiénes los

sustituirán cuando ellos se cansen. ¿Entendido?

- ¡Sí, jefe! – respondieron todos fuerte y claro en una sola voz.

-Muy bien. Ahora, vayan preparándose para bajar.

Terminado sus indicaciones, dio la espalda al grupo de muchachos y se preparó para apearse.

-Parece que la historia tendrá que esperar otro rato – dijo Gustavo, que al ver la expresión de disgusto en el rostro de Joshua se apresuró en agregar –. Pero tranquilo. Tendremos tiempo de sobra para contar historias alrededor del fuego. Se nos vienen seis noches de lo más divertidas – le dio un golpe en la espalda –. Ahora bajemos. Tenemos mucho que caminar aún.

3

La caminata fue tan grata como larga. A medida que avanzaban, más se adentraban en medio de las montañas y la naturaleza. Al comienzo, Joshua formó parte del grupo que cargaba los grandes cajones con comida, mientras Gustavo hacia lo mismo con el cajón de las herramientas. El camino estaba levemente inclinado la mayor parte del tramo. Fueron pocas las subidas realmente inclinadas donde necesitaron más ayuda para subir los cajones. Cuando Joshua se cansó, cambió lugar con David, el chico de la otra tropa. En el otro grupo, también rotaron los cargueros.

Estuvieron cerca de una hora adentrándose en las montañas y subiendo por un camino de tierra. En todo el trayecto, Joshua no divisó viviendas.

Excepto por una.

Una vieja y enorme casa de madera se hallaba ahí, entre la nada. Alejada de toda la sociedad, pero cerca del camino por el que ellos iban caminando. Al lado de la casa, se encontraba una vieja camioneta estacionada, y Joshua la vio justo cuando se empezaba a preguntar cómo conseguirían mercadería en aquella casa sin un vehículo.

La casa era de dos plantas y no contaba con protección alguna, salvo un pequeño cercado de alambres. Al costado izquierdo de la casa había una pequeña granja, también cercada, donde se lograban ver alrededor de cinco cerdos de gran tamaño, que en ese momento se revolcaban felices en el lodo. Al costado derecho se encontraba un pequeño taller, que daba la impresión de ser un cuarto para herramientas o demás cachivaches. Había también un pequeño establo, donde un caballo estaba

comiendo amarrado a un pilar de madera.

Cuando pasaron por ahí, el jefe Mario explicó que ese era el hogar del señor Thomas Ugarte; un hombre lo suficientemente mayor como para ser el padre o abuelo de la mayoría de los que estaban ahí. El señor Ugarte – comentó el jefe Mario – era el propietario de más de mil hectáreas de terreno, por lo que todo aquel lugar era de propiedad de él. Él, cómo buen cristiano, al igual que ellos, había estudiado en el colegio Saint Lorenz en su infancia y adolescencia, y ahora, ya mayor, permitía que los grupos scouts acamparan por ahí, o que el colegio llevara a cabo sus retiros religiosos. Lo más importante – añadió el jefe antes de concluir el tema –, era que el mismo señor Ugarte era quien les facilitaba el agua potable, ya que el agua del río que pasaba por ahí cerca, si bien era limpia, más seguro era no arriesgarse; y en el pasado, varios muchachos habían sufrido de ataques de diarreas tras beber agua directa del río.

Ya habían casi finalizado el camino, cuando por fin, Joshua distinguió el río más adelante. Antes solo podía oírlo y verlo en su imaginación; pero ahora estaba ahí. Era un gran río de aguas claras y suave corriente, con más de un pozón donde podrían refrescarse del sol cuando tuvieran tiempo libre. La sola idea hizo que una sonrisa le pintara el rostro y se llenara de alegría.

Otra cosa que le alegraba era estar lejos de casa.

Cuando dejaron de caminar, habían llegado a una planicie. Los jefes distribuyeron a las tropas a sus respectivos lugares para que levantaran sus campañas y tuvieran todo listo antes de que anocheciera por completo.

-Antes de que caiga la noche, quiero ver sus carpas bien armadas e instaladas – había dicho el jefe Jorge –. Distribuyan las tareas. Mientras unos arman, los otros recolecten leña para iniciar una fogata donde puedan cocinar o calentar el agua, en caso de que alguien quiera un té o café. Tienen quince minutos para organizarse y ver quién hará qué cosa. También, deben elegir a alguien, o alguien debe ofrecerse para ir conmigo a la casa del señor Ugarte a buscar el agua que necesitaran para esta primera noche y el desayuno de mañana. Gustavo – dirigió la mirada hacia Gustavo –, en caso de que nadie se ofrezca, tú, como el jefe de esta tropa, deberás designar a tales encargados ¿Está claro?

-Sí, jefe.

-Muy bien. Estaré allá abajo esperando al encargado del agua.

El jefe Jorge dio media vuelta y se marchó.

Antes de que Gustavo pudiera si quiera preguntar quién quería ir por el agua, Joshua se ofreció voluntariamente. Si bien lo que más le gustaba era la labor de recolectar leña e iniciar fogatas, Gustavo había sido claro cuando habló de lo que debía hacer para conseguir sus parches, por lo que rápidamente tomó el bidón vacío que habían dejado en el suelo, y tras la aprobación de Gustavo, salió corriendo detrás del jefe Jorge solo veinte segundos después de que este se hubiera marchado.

4

Joshua iba con el bidón en la mano derecha, haciéndolo rebotar de una rodilla a otra. Caminaba junto al jefe Jorge y los demás chicos que se habían ofrecido, o que sus jefes habían seleccionado para aquella tarea. En la mano izquierda, llevaba una linterna con pilas nuevas para alumbrar el camino de vuelta, porque no tardaría en oscurecer. El jefe Jorge, les iba explicando que una vez hubieran llegado a casa del señor Ugarte, tendrían que entrar por turnos de a uno a llenar los bidones, mientras los demás esperarían su turno fuera. Uno de los chicos de la otra tropa, le preguntó al jefe qué debía hacer para ganar sus parches. Joshua, quien pensaba hacer la misma pregunta cuando tuviera la instancia, puso extrema atención en la respuesta del jefe.

-Tienes que demostrar que los mereces.

No dijo nada más.

Joshua guardó silencio hasta que llegaron a la casa del señor Ugarte. Para cuando estuvieron ahí, el sol ya se había ocultado por completo, más allá de las grandes montañas, y todas las linternas ya estaban encendidas.

De noche, la casa se veía más grande aún. Al acercarse a ella, los cerdos comenzaron a gruñir mientras se revolcaban en el lodo, y el caballo se les sumó relinchando. Al oírlos, Joshua tuvo la sensación de que le estaban anunciando su llegada al señor Ugarte. Dentro de la casa se veían pocas luces encendidas. Parecía que al señor Ugarte le gustara la oscuridad. Tenía que gustarle. Sin lugar a duda.

A cualquier persona que le gustara vivir así de alejado, y en un lugar así, debía por norma disfrutar de la oscuridad y de la soledad, pensó Joshua.

Como contradicción a su pensamiento, una luz se encendió detrás de la puerta principal, y antes de que el jefe Jorge llegara a tocar la campanilla que estaba a un lado derecho de la puerta, el señor Thomas Ugarte abrió esta misma y apareció en el umbral.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de un metro ochenta de estatura y complexión gruesa. Su rostro pétreo era el de un boxeador que ha recibido muchos golpes en la barbilla, con una nariz gruesa que coronaban dos rajas en el lugar donde iban los ojos. Al momento de abrir la puerta, se hallaba fumando un cigarrillo que parecía haber hecho el mismo. Sonrió al ver al jefe y a los muchachos que iban con él.

-Jefe Jorge, un gusto verlo – dijo el hombretón parado en la puerta, mientras sostenía el cigarrillo en la mano izquierda y le estrechaba la derecha al jefe Jorge – ¿Qué tal van las cosas? Veo que ya trajo al primer grupo a buscar agua ¿O me equivoco?

-Que bueno verle de nuevo, señor Ugarte – el jefe le estrechó la mano, acompañado de una sonrisa –. Efectivamente, he traído al primer grupo. Llegamos hace una hora para allá arriba – señaló hacia las montañas – ¿cómo van las cosas con usted?

El hombretón se encogió de hombros y chasqueó con la boca a modo de respuesta, luego sonrió.

-Han ido mejor, pero no me quejo.

-Ya lo creo.

-Entonces, jefe ¿llenarán los bidones, o se quedarán toda la noche parados ahí fuera? Adelante, que pase el primero.

El jefe Jorge, apresuradamente miró al grupo y le indicó a un muchacho que pasara a llenar el bidón mientras que los demás hacían una fila. Joshua quedó tercero, y mientras esperaba inspeccionó el lugar que lo rodeaba.

El taller que se encontraba a la derecha también se veía mucho más grande ahora que lo veía de cerca. Se preguntó qué tipo de cosas guardaba el señor Ugarte en ese sitio, o para qué lo utilizaba. Por un instante, se vio de pequeño junto a su padre, en el estudio de su casa, armando pistas de carreras para autos de juguetes, y se preguntó si el señor Ugarte tendría esposa e hijos, o si viviría solo en aquel lugar.

Unos dedos chasquearon frente de su rostro sacándolo de esos pensamientos.

-Eh, chico, chico, ¿estás ahí? – el señor Ugarte seguía chasqueando los dedos delante de Joshua –. Tierra llamando a chico, tierra llamando a chico. Es tu turno de ir por agua.

Joshua espabiló y entró al trote a la casa acompañado del señor

Ugarte.

La casa por dentro era tan grande y antigua como se veía por fuera. Y fresca. Por el pasillo de la casa que conducía a la cocina, distinguió una foto en donde se veía al señor Ugarte acompañado de una mujer y un muchacho de más o menos la misma edad de Joshua; encima de una mesa, que por su decoración se parecía más a un altar. Cuando llegaron a la cocina y Joshua comenzó a llenar el bidón, este le hizo una pregunta.

- ¿Tiene usted hijo, señor Ugarte?

Ante la pregunta de Joshua, el señor Ugarte se sobresaltó y se vio tomado por sorpresa durante unos instantes. Como si se hubiera dado cuenta de esto, se relajó rápidamente y forzó una sonrisa.

-Sí – respondió con voz seca –, pero en estos momentos se encuentra con su madre, en la casa de la madre de ella. O sea, donde su abuela.

-Ah, entiendo.

-Debería llegar uno de estos días.

El bidón ya casi estaba lleno y Joshua formuló otra pregunta.

- ¿Qué guarda en ese taller que tiene ahí afuera?

El señor Ugarte lo observó serio durante unos instantes. La sonrisa se esfumó de su rostro.

-Cosas, hijo – dijo volviendo a sonreír y apoyando una mano sobre el hombro de Joshua –, solo guardo cosas.

5

Cuando Joshua volvió al lugar donde estaba su tropa, observó que ya habían armado la carpa donde dormirían, y dos de sus compañeros estaban tirando palos secos a una fogata que habían encendido. Una vez que lo vieron llegar, Gustavo se acercó y le quitó el bidón de las manos para así llenar una tetera. Para cuando la fogata ya se hallaba bien encendida y controlada, pusieron cuatro grandes rocas en las cuatro puntas de un cuadrado invisible, y sobre ellas montaron una parrilla que les habían pasado los jefes. Gustavo puso la tetera sobre la parrilla y una vez hervida el agua todos se bebieron un té mientras terminaban de ordenar sus cosas.

Joshua aprovechó para meter su mochila dentro de la carpa, mientras seguía pensando en la casa del señor Ugarte. Era enorme, como el hombre que residía dentro de ella, y algo en la forma de responder del

señor Ugarte había inquietado a Joshua, pero no sabía qué. El rostro y la voz del hombre eran de lo más amable, sin contar el hecho de que al menos una vez por año permitía el acceso a gente de su antiguo colegio sin pedir nada a cambio. Pero Joshua, aún a su corta edad, vio en los ojos del hombre que este albergaba un gran secreto. O quizás un gran dolor. Recordó la foto que vio en el pasillo sobre la mesa que le pareció más bien un altar, y pensó que quizás el señor Ugarte hubiera sufrido una perdida. Pero cuando se lo había preguntado, él había asegurado que tanto su esposa como su hijo se hallaban en la casa de su suegra. A menos que haya mentido, pero ¿Por qué un adulto mentiría con algo así a un niño? Además, si ese hubiera sido el caso, los jefes lo sabrían y habrían dicho que no se tocara el tema con…

Joshua ya estaba terminando de ordenar sus cosas cuando recordó otra cosa. Lo que lo había inquietado de verdad aquella tarde: la conversación pendiente con Gustavo.

Despejó su mente y la obligó a salir de la casa del señor Ugarte, y obligó a su cuerpo a salir de la carpa al frio de la noche.

Gustavo se encontraba sentado alrededor del fuego junto Francisco, Ignacio, Marcelo y Joseph. Salvador y José Luis habían ido a recolectar más leña, para que esa primera noche la fogata fuera larga y duradera. Joshua llenó su taza para prepararse otro té, y se sentó alrededor del fuego, justo frente a Gustavo.

-Supongo que este es el mejor momento para que termines de contarme la historia del Zorro.

Silencio.

-Sí – dijo Gustavo dándole un sorbo a su taza –, supongo que sí.

-No pierdas tiempo entonces, ya me has hecho esperar bastante.

- ¿No quieres que esperemos a Luis y al Salva? Seguro no tardan en llegar. A ellos también les gustará escuchar la historia.

-A todos nos gustaría oírla – aseguró Joseph, mientras vertía más agua en su té.

-Está bien, está bien. Siempre y cuando no tarden demasiado.

Al cabo de diez minutos, Salvador y Luis ya habían llegado con una buena tanda de leña y palos secos. Los dejaron a un costado de la fogata y tomaron asiento en torno a ella para oír con atención la historia.

-A los jefes no les gusta que hablemos del zorro – comenzó a decir Gustavo –. En un principio, lo inventaron como una historia para asustar a los lobatos y que estos no salieran de sus carpas a altas horas de la noche. Pero la voz se corrió y llegó hasta las tropas. Entonces, alguien una vez preguntó a los jefes: quién era El Zorro, y estos no quisieron responder. Se dice que una vez, la gracia de asustar a los lobatos llegó a tal punto, que uno de los jefes se disfrazó con una máscara de zorro, y fue hacia las carpas donde dormían los lobatos y las comenzó a mecer por fuera; rugiendo y asegurando que era El Zorro y que se llevaría, mataría y comería a quien pillara a deshoras fuera de su carpa. Esto generó tanto miedo en uno de los lobatos en especial, que una noche, literalmente, se cagó del miedo dentro de la carpa, ya que temía que El Zorro se lo comiera o se lo llevara si es que salía. Obviamente, el chico se lo comentó a sus padres al regresar a casa, y estos pusieron el grito en el cielo cuando lo supieron. Reclamaron al colegio, y sobre todo a los jefes, diciendo que cómo era posible meter semejante miedo en la mente de unos niños pequeños, y que había que tener mierda en la cabeza para hacer semejante estupidez. Al menos, eso es lo que se dice del por qué a los jefes no les gusta hablar del tema. Desde ese día, nadie volvió a mencionar al Zorro en presencia de los jefes.

Gustavo hizo una pausa y tomó un puñado de ramas y palos de los que habían traído Salvador y José Luis. Los echó al fuego, y un leve aroma a eucalipto inundó las fosas nasales de Joshua.

-Sin embargo, El Zorro volvió a aparecer hace unos cuantos campamentos atrás – siguió Gustavo –. Yo recién había ascendido de lobato a tropa, cuando Harry, uno de los chicos mayores que ahora está en Pioneros, una noche comenzó a gritar desde fuera de nuestra carpa; que desafiaba al zorro a que fuera por él, insinuando que era un maricón que solo sabia asustar niños. Estuvo alrededor de cuarenta minutos gritando todo tipo de idioteces. Para cuando se fue a acostar estaba casi sin voz. Esa noche no pasó nada, salvo que oímos algunos pasos merodeando cerca de nuestra carpa por la madrugada. Pero a la noche siguiente, sí que pasó algo. Harry había vuelto a gritar desafiando al Zorro por su inútil intento de asustarlo. Todos nos marchamos a dormir muy tranquilos. Sin embargo, durante esa madrugada, volvimos a oír los pasos merodeando cerca de nuestra carpa. Nos quedamos en silencio. Aguardando. Esperando ver que sucedería. Cuando de pronto, la carpa comenzó a mecerse y desarmarse. Quien quiera que estaba afuera, estaba sacando las estacas de nuestra carpa y la estaba desarmando para que quedáramos adentro sin saber que hacer. En un momento, el cierre de la puerta comenzó a abrirse, y unas manos trataron de agarrarnos por los pies. ¿Estábamos divirtiéndonos? sí, pero también estábamos asustados de quedarnos atrapados bajo la carpa. Además, aún no sabíamos quién era la o las personas que estaban haciendo eso.

Gustavo rellenó su taza y volvió a verter agua del bidón a la tetera. Vio que todos los estaban escuchando con atención y continuó con su relato a la luz de la luna y la fogata.

-Finalmente, las manos que habían surgido entre el cierre de la puerta dieron con Harry y lo arrastraron hasta fuera de la carpa. Trató de gritar, pero le taparon su boca con algo – hizo una pausa para echar más palos al fuego y continuó –. El asunto es, que cuando por fin nosotros pudimos salir de la carpa, no había rastro de Harry ni de nadie más. Las estacas estaban esparcidas por todo el lugar, y en nuestro tótem, en lugar de la bandera con el águila que solía tener, había un estandarte con la cara de un zorro sonriendo.

- ¿Me estás diciendo que alguien fue por la madrugada hasta su carpa, sacó a Harry, y nadie supo quién fue? – Joshua preguntó fascinado, y un poco temeroso ante la idea de que un extraño (que no eran extraños, si no los jefes, o eso se supone) acechara las carpas mientras dentro dormían solo jóvenes sin nada más que pequeñas navajas.

-Y eso no es todo – prosiguió Gustavo, con el brillo en los ojos de quien disfruta contando historias –. A Harry no se le vio sino hasta la mañana siguiente. Lo encontramos atado a un árbol, cerca de donde estaban acampando los chicos de la otra tropa. Según nos dijeron, no lo habían oído pedir ayuda por la mañana, sino hasta cuando sintió pasos cerca. Lo encontramos con los ojos vendados y apestando a pescado, ya que quien sea que lo haya atado a ese árbol, se encargó también de bañarlo con latas de atún y de jurel. Además, le hicieron una gran ¨Z¨ con plumón a lo largo de todo su pecho y su vientre, por lo que aquello se lo atribuimos al Zorro.

Gustavo guardó silencio unos segundos y bebió un sorbo de té, luego continuó.

-Desde ese día, han sido decenas los chicos que durante algunas noches de campamento hacen lo que hizo Harry; gritar y desafiar al zorro para que este actúe por la madrugada. No todos han conseguido el mismo final que Harry, con eso me refiero, a que no todos fueron encontrados amarrados a árboles; pero sí, todos terminaron apestando a pescado, y más de alguno tuvo que deshacerse de sus ropas y zapatillas con las que fueron ¨raptados¨. Así que chicos, como moraleja de esta historia, solo puedo decirles lo siguiente: si no quieren terminar oliendo y apestando a pescado, y solo Dios sabe a qué más… no desafíen al Zorro.

6

Cinco años atrás.

Lo que Gustavo omitió, quizás porque no lo sabía, y porque aquel era el único caso del que de verdad los jefes no querían mencionar palabra: es que, a las tres de la madrugada de un viernes, en la que era la tercera noche de campamento del año 2016, un muchacho llamado Alex era sacado desde el interior de la carpa en la que dormía junto a sus demás compañeros de tropa.

Uno de ellos había desafiado al Zorro gritando su nombre y el nombre de la tropa, por lo que El Zorro había llegado hasta su carpa.

Lo que El Zorro no sabía, era que Alex poco y nada tenía que ver con aquellos gritos desafiantes que se habían oído. Pero de igual manera salió perjudicado; y más que sus compañeros.

Cuando fue sacado de su carpa, su rostro fue cubierto enseguida con una bolsa para guardar un saco de dormir. Recibió golpes en músculos de brazos y piernas, los cuales produjeron gran dolor e inmovilidad. Fue atado con las muñecas a su espalda con amarras de seguridad plásticas. Sus pies fueron atados de igual manera. Pudo oír como sacaban a más de sus compañeros y como estos se quejaban y gritaban cuando recibían su propia ración de golpes a manos de El Zorro. Luego, fue cargado en los hombros de una persona.

Sin poder ver hacia donde lo llevaban, y luego de haber dado unas cuantas patadas a las costillas de quien quiera que fuera la persona que lo cargaba, Alex se puso a gritar en busca de alguien que lo pudiera auxiliar. Rápidamente, la bolsa en forma de capucha que llevaba puesta en la cabeza fue retirada, y de la oscuridad, surgieron unas manos que colocaron cinta adhesiva en su boca.

Con la misma rapidez con la que fue retirada, la capucha volvió a su lugar.

Sin saber cuánto tiempo había pasado desde que fue sacado de sus sueños, Alex fue dejado en el suelo a los pies de lo que a todas luces era el tronco de un gran árbol. Trató de acomodarse e incorporarse, pero nuevamente unas manos que no llegó a ver lo volvieron a tumbar en el suelo. Sintió que alguien se acercaba a él y se detenía justo en frente. De pronto, una cuerda fue pasada por delante de su vientre y lo atrajo hacia el tronco que se encontraba a sus espaldas. Sus manos tocaron el tronco cuando sintió que comenzaban a hacer un nudo.

Una voz grave y gutural, que sin dudas era una voz forzada, le daba órdenes a Alex de permanecer quieto si no quería que las ataduras fueran más apretadas; le dijo que, si cooperaba, entonces ellos – El Zorro – cooperarían con él.

Alex dejó de oponer resistencia. Al menos no le mintieron, ya que cuando terminaron – y se aseguraron – de haberlo dejado bien amarrado al tronco del árbol, las amarras plásticas que sujetaban sus muñecas a su espalda fueron cortadas. Aun así, estaba seguro de que le costaría mucho tiempo poder zafarse de aquellas amarras que lo sujetaban al árbol, y los jefes de scouts son los que mejor saben hacer toda clase de nudos. Sobre todo, nudos ciegos.

-Ahora tienes que arreglártelas tú solo para salir de esta – dijo la voz gutural desde alguna parte.

La bolsa utilizada como capucha fue retirada de su cabeza, y el haz de unas linternas le llegó directo a los ojos. Tres grandes bocas abiertas en forma de O le encandilaban la visión, impidiéndole distinguir y ver claramente a sus raptores. Solo pudo distinguir unas borrosas siluetas negras. Luego, un frio le recorrió de la cabeza a los pies, y con el frio, venia el mal olor.

Alex soltó un grito ahogado por debajo de la cinta adhesiva que le cubría la boca.

Un olor que le hizo recordar el atún que había comido con sus compañeros esa misma tarde invadió sus fosas nasales. Solo que ahora, el atún no estaba en un plato de comida acompañado con arroz y tomate; sino que se encontraba en su pelo, y descendiendo por sus mejillas y cuello. Trató de girarse para ver quien le estaba bañando con esa inmundicia, pero fue en vano: las amarras no lo permitieron. Las linternas seguían apuntándole directo a los ojos, y las risas de los raptores llegaron hasta sus oídos.

Se lo estaban pasando de maravillas haciéndole eso a un niño de quince años.

En medio de la noche.

En medio de la nada.

Cuatro contra uno.

Siguieron vertiéndole aquella apestosa mezcla de pescados – con lo que fuera que estuviera mezclado – por todas partes. Se la esparcieron por toda la cabeza. Le echaron por debajo de la polera; en el pecho y en su espalda. Le untaron las zapatillas y, en una ocasión, le tomaron el pantalón por donde pasa la hebilla, junto con su bóxer, y le metieron de ese asqueroso mejunje directamente en sus testículos. Antes de que se marcharan, Alex vio como una de las siluetas se le acercaba con un objeto en la mano que parecía ser una navaja. La silueta se agachaba hasta quedar a la altura de Alex, y con gran habilidad hizo que la hoja de esta

saliera del interior de su mango, tomó a Alex por el cuello de su polera, y la rajó en un movimiento rápido. Alex sintió la punta de algo frio deslizándose a lo largo de su vientre y de su pecho, agachó la cabeza, y vio una gran ¨Z¨ marcada con plumón en su piel. Rápidamente, las luces de las linternas se apagaron y escuchó como sus raptores se echaban a correr entre risas por la oscuridad que vestía el bosque; escapando como los cobardes que habían sido.

Alex no se pudo liberar hasta llegada la mañana.